

nia la espada en la mano. Parecía que el último suspiro vagaba todavía sobre sus labios entreabiertos.

El hombre del vestido enlodado contempló largo rato el cadáver de D. Gaspar. Después, como volviendo en sí de una manera repentina, tomó la luz y echó á correr en dirección de las habitaciones. A poco andar tropezó con un cuerpo, y vino á tierra; la mano en que llevaba la luz azotó sobre un charco de sangre, y la otra mano rozó los helados contornos de un rostro humedecido por las primeras gotas de la lluvia.

—Con mil rayos!—exclamó;—qué es lo que sucede en esta casa maldita?..... Oh!..... y esa mujer!..... y Juana!..... y este silencio..... ay!..... aquí ha pasado algo terrible.....

Diciendo esto, volvió á ponerse en pié y siguió adelantando. Llegó á un pórtico, entró, cruzó por varios corredores, vagó por todos los aposentos, gritando en vano el nombre de Isabel, de Juana, y el de algunos de la servidumbre. Tampoco había luz. Los ecos remedaban su voz en el fondo de las tinieblas.....

---



---

## LIBRO SEGUNDO

### RODRIGO DE PAZ

#### 1

Que dirá cómo logró Don Pedro Negromonte poner una víbora en el seno de Don Alonso Estrada.

**L**A casa de D. Alonso Estrada, ese segundo padre de Gaspar de Mendoza, permanecía cerrada, en señal de duelo. Los que pasaban por aquella triste casa, los pobres dispuestos siempre á simpatizar con el dolor, suspiraban considerando á D. Alonso, y rogaban á Dios pusiese una gota de consuelo en aquel corazón que debía estar nadando en amargura, y un poco de sueño en esos párpados enrojecidos y fatigados por el llanto. Muchos vecinos aseguraban haber oído los lamentos que el Sr. Estrada lanzaba en medio de la noche. Pero los pobres vecinos no podían entrar y ver á D. Alonso, como van á verle nuestros lectores. Zuazo, Fray Roque y Albornoz, hallábanse con él en rededor de una pequeña mesa cubierta de blancos manteles, donde resplandecían, entre ra-

mos de flores, las jarras de cristal, y los vasos, las salseras y las escudillas de oro y de plata.

Don Alonso tenía el semblante melancólico; estaba silencioso; de cuando en cuando hacia estremecer las flores con un suspiro. Mas no era la pérdida de D. Gaspar el motivo de su tenaz tristeza. Era que Benavidez, el teniente de Mendoza, habiendo atribuido la muerte de este á los manejos de Zuazo y Albornoz, rehusaba obedecer á los gobernadores; y que Andrés Tapia, enviado con doscientas lanzas para someterle, habia sufrido un fuerte descalabro en las inmediaciones de Toluca. Sabíase, además, y esto era lo peor, que Benavidez proclamaba á Salazar y á Chirinos, con exclusion de todos los otros.

Sin embargo, estas graves noticias no menguaban el apetito de los gobernadores. La mas viva satisfaccion se retrató en todos los semblantes cuando se abrió la puerta y apareció un criado trayendo un gran platon cuyos vapores casi le ofuscaban el rostro. Aquello que tan grato olor difundia por el aposento, fué puesto en medio de la mesa. Eran ocho pollos colocados en fila y asomando sus peladas cabezas por encima de una colcha en cuyo fondo de color de púrpura se ostentaban ricos florones de huevo, de perejil y mejorana. Las princesas vestidas con el traje de ceremonia, no hubieran parecido mas seductoras á los ojos del reverendo padre Fray Roque. Aquel manto de gitomate, orlado por un laberinto de trozos de jamon, aceitunas, chorizos, zanahorias, alcaparras y almendras, le pareció mas rico y mas apetecible que el mismo manto sembrado de pedrería que arrastraban los césares.

—Señores, dijo señalando el platon, hé aquí lo que yo escogeria por mi escudo de armas. Campo color de gito-

mate, orla de chorizos, y por timbre uno de esos animalillos coronado con una alcachofa.

Sonrieron todos con estas palabras, y Estrada se acercó el platon para hacer el repartimiento.

—Vamos, fraile mio, dijo poniendo dos pollos enfrente de Fray Roque; cantadles un responso y sepultadlos con todos los honores que se merecen.

—Amén, dijo Fray Roque: tened la bondad de aproximarme esa botella, señor licenciado.

Zuazo puso vino en la copa de Fray Roque y llenó despues todas las otras. Bebieron todos, y la conversacion comenzó á ser mas animada.

Allí se discutieron multitud de proyectos para crear recursos, aunque fuera estorcionando á los indios. Se habló de armar á todos los colonos para oponerse á las pretensiones de Benavides. Convinieron en cohechar á los hombres mas peligrosos, ó en echar mano de un medio, cualquiera que fuese, para deshacerse de todos los parciales de Salazar y Chirinos. Y se consolaron mutuamente haciendo cuenta de sus bravos capitanes, y de sus lanzas, que aun eran bastantes á desmenuzar ese puñado de rebeldes.

—Señores,—dijo Zuazo,—yo me suscribo, como siempre, al nuevo plan del señor Fray Roque.

—Yo haria lo mismo,—replicó Estrada,—si su reverencia se dignase asegurar nuestras cabezas.

—*Satin sanus es?*—exclamó Fray Roque;—estais soñando, hermano! conque no tengo probado hasta la evidencia que el éxito coronará nuestros esfuerzos?

—No obstante, hace mas de diez dias que os estoy haciendo una pregunta, y parece que eludís la dificultad guardando silencio.

—Ah! sí.....

—Haced que Salazar y Pero Almindes firmen la orden de prision, y vereis como no me detengo un solo instante para mandar ejecutarla.

—No lo creo tan preciso.

—Bah! si así no fuera, padre mio, tiempo ha que sin esperar vuestros consejos, Rodrigo de Paz lloraria su libertad en la mazmorra mas profunda de las atarazanas.

—En efecto, añadió Albornoz, una vez que lográsemos deshacernos de ese importuno amigo de D. Hernando, veriamos desarrollarse la série magnífica de consecuencias que nos ha pintado Fray Roque. Es cierto que una orden de prision firmada por nosotros y por Salazar y Chirinos, nada dejaria que replicar á nuestro Ayuntamiento; pero esa orden, tal como se necesita, es imposible. Con todo, señores, no existe mas que un medio para ejecutar el sabio proyecto de Fray Roque? Debemos renunciar á todas sus ventajas, porque nos presenta un solo inconveniente? Yo aborrezco lo tenebroso; pero Benavides se acerca, y no debemos omitir ningun esfuerzo, cualquiera que sea, para dar al traste con Rodrigo de Paz y apoderarnos de sus lanzas.

—Pues yo, dijo Fray Roque, acabo de creer que mi plan es una quimera. Estoy mas bien porque aumentemos las fuerzas de Andrés Tapia con las de Medina, y combatamos hasta triunfar ó perecer en la demanda.

—Sí?..... dijo Estrada, pero qué hacer, teniendo en la ciudad un hombre que puede aprovecharse de nuestra ausencia?

En esto estaban, cuando el criado, que no cesaba de traer los manjares, anunció á D. Alonso la llegada de un caballero que deseaba hablarle.

—Eh!—dijo Fray Roque,—decidle á ese hermano que perdone, que hoy no damos audiencia.

El criado consultó con la vista á D. Alonso. Este hizo lo mismo con Zuazo, y preguntóle:

—No será nuestro caballero?.....

—Bien puede ser,—replicó el licenciado;—por qué no haceis que pase?

—No, camarada,—dijo Fray Roque;—nuestro amigo debe llegar mas tarde. Vais á daros un chasco. Será algun importuno.....

Despues se dirigió al criado:

—Qué señas tiene ese caballero?—añadió.

—Es gordo, señor.

—Viejo?

—Sí, señor.....

—Calvo?

—No le he visto.

—Borracho?

—Voy á.....

—Ea! dejáos de bromas, señor fraile,—dijo D. Alonso. —Estoy seguro que ese caballero es D. Juan Lagartosa. Permittedme un instante.....

Estrada sorbió de un solo trago el vino que quedaba en su copa, y salió, dejando á sus amigos rodeados de una excelente angaripola que el marmiton acababa de servirles.

Si recuerdan nuestros lectores aquella habitacion donde hemos visto compartir á Zárate con D. Francisco de Medina, será inútil describir el sitio que ocuparan el recién venido y D. Alonso.

Aquel era un hombre que frisaba en los cincuenta años,

grueso y mal perjeñado. Su fisonomía era parecida pero superior á la de los veteranos que abundaban entonces en la Nueva España. El lector le conoce.

Al verle D. Alonso palideció ligeramente, y afectando una sonrisa de benevolencia, le tendió su mano y le dijo con un acento lleno de respeto:

—Oh, señor Salazar! bien venido sea vuesamerced á la casa de sus servidores.

—Dios guarde á vuesamerced, señor Estrada,—replicó el colega de Chirinos inclinándose hasta la mano de D. Alonso.

—Después de varios cumplimientos, que eran la ley de esa época de exquisita galantería, sentáronse, y el veedor comenzó á exponer el asunto de su visita.

—Señor,—dijo,—estábais en la mesa gozando el único momento que os dejan libre los altos intereses del reino; pero estos mismos intereses, y también los vuestros y los míos, me traen á perturbar vuestros instantes de reposo. Pero me esforzaré por abreviar.....

—Ah! aunque no fuera por asuntos políticos, señor veedor, sabeis que recibo tanta honra como placer en escucharos.

—Gracias, señor..... replicó Salazar incorporándose;—después continuó:—Pues bien..... he venido simplemente á proponeros un arreglo..... Yo quiero que olvidéis, como yo, nuestras antiguas desavenencias.

—Bah!..... señor..... os acordais aún?... .. ¿no convenimos en respetar el fallo que nos pone á todos en posesión de los poderes? ¿no llevamos todos en armonía las riendas del Estado? ¿quién se acuerda de esas cuestiones que fueron nada más las simples dificultades suscitadas en la revisión de nuestros nombramientos?

—Sin embargo, no vos, pero vuestros amigos, maquinan sin cesar mi perdición y la de Pero Almindes.....

—Señor!

—Yo..... os confieso que grandes disgustos me ha causado contener á los míos. Pero si es fuerza, para dominarlos, llegar al extremo de sacrificar algunas cabezas, no dudéis que arrostraré todos los odios por evitar este conflicto que se hace más inminente cada día. Ya veis; los nobles capitanes que pudieran emplearse en conquistar tierras para el César y prosélitos para la fé cristiana, consumen sus esfuerzos en despedazarse mutuamente, dando un ejemplo peligroso y una ocasión fácil para desórdenes y revueltas. Ahora, ¿quién nos asegura la fidelidad de esos hombres, á la vez que uno de ellos quede triunfante? Si ellos juegan la vida, ¿qué les importa aventurarla en nuestra elevación, más bien que la de sus personas?

Estrada tenía más confianza en Andrés Tapia, que Salazar en Benavides y Negromonte; pero acababa de saber que Tapia había sido hecho pedazos; conocía que las fuerzas que le restaban, aunque bien equipadas y numerosas, eran en su mayor parte fieles á D. Hernando, y obedientes solo á las órdenes de Rodrigo de Paz, que aborrecía de todo corazón las discordias civiles. Todos los planes de Fray Roque y de sus compañeros parecíanle excelentes, con tal que hubiera tiempo para realizarlos. Pero esta condición faltaba. Las huestes de Benavides se presentarían muy pronto á las puertas de la ciudad. Paz las combatiría? Salazar y Chirinos, en vez de afrontar las peripecias del combate, no se unirían á Paz, y presentándose como los protectores de un pueblo tiranizado por los impuestos, no serían aclamados con perjuicio de Estrada? Sea lo que

fuere, D. Alonso tuvo á gran fortuna que Salazar le propusiese un arreglo. Esto por lo menos aplazaría la cuestion, y daba tiempo á organizar nuevas combinaciones. Estrada procuró disimular su satisfaccion, y dijo, respondiendo á la última interrogacion de Salazar:

—Es cierto.

—¿Queréis, pues,—continuó Salazar,—que nos unamos para devolver la tranquilidad al Estado? Ya os dije que interpondré todo mi influjo, y aun usaré de la violencia para sosegar á los míos. Haced vos lo mismo.

—Por mi parte, señor veedor, no hago mas que defenderme; Benavides ha pedido nuestras cabezas, y avanza contra nosotros. Rodrigo de Paz no mueve un soldado para contenerle. ¿Qué haríais en mi lugar? Así, que dejen de atacarnos, y vereis como torna el sosiego.

—Lo creéis así, señor Estrada?

—Os hablo á fe de caballero.

—Yo tambien voy á hablaros bajo el mismo concepto. No extrañéis mi franqueza. Voy á ponerme en vuestras manos, con la seguridad completa de que sois, como decís y como todos saben, un caballero incapaz de cometer una villanía. Estoy resuelto á todo, pero no espero que abuseis de la situacion en que voy á ponerme.

Don Alonso notó cierto temblor sobre los labios de Salazar; creyó vislumbrar no sé qué de afliccion en la actitud de aquel semblante, y respondió con no fingida cortesía:

—Dueño sois aún, señor veedor, de omitir lo que juzgueis peligroso confiarme; pero estad cierto que yo inmolaré al honor mi autoridad y cualquier ventaja que ofrezca vuestra posicion á mis miras políticas.

—Ah! entonces os diré que no puedo permanecer por mas tiempo siendo el amigo de Chirinos.

—Que decís?.....

—Ansío ardientemente renovar, ó mas bien, afirmar vuestra antigua amistad, perturbada un momento por los errores fatales á que me ha conducido la ambicion y la poca experiencia. ¿Quereis mi amistad?

—Ah! —dijo Estrada;—tengo el honor de repetiros que mi afecto es el mismo, no obstante la aparente rivalidad que nos separa en los negocios públicos. Habeis sido siempre amigo mio, y me complazco en confesaros mi satisfaccion al ver que salís al encuentro de mis deseos.

—Bien, señor; ¿quereis ahora que os explique por qué me separo de Chirinos y me refugio con vosotros? La razon es esta: primero, porque deseo la paz; y la deseo, porque estas discordias, como os he dicho, producirán, en vez de nuestra elevacion, la de uno de esos capitanes; segundo, porque soy viejo; no puedo confiar la nave de mis esperanzas á esta perezosa corriente de los negocios, y necesito, hablemos claro, vender la fuerza y el influjo que poseo, para aumentar de un golpe mi reducido patrimonio. Ahora, en caso de poner un precio á mis servicios, quiero mas bien recibirle de la mano de un antiguo amigo mio á quien amo y venero, que de la de un cualquiera por quien no abrigo sino desconfianza, y de quien no recibo sino falso afecto y comisiones deshonorosas.

Don Alonso tuvo miedo de que Salazar ocultase alguna perfidia, y quiso sujetarle á la prueba.

—Mirad,—replicó,—si yo fuese la única persona interesada en este asunto, no vacilaría en agotar mis arcas por tener á mi lado un hombre de vuestros quilates. Pero Zua-

zo, Albornoz y todos aquellos á quienes necesito consultar hasta para moverme, y que no conocen como yo la alta nobleza de vuestras intenciones, querrian exigiros, no obstante mis protestas, un testimonio.....

—Es claro!..... podeis decir á esos señores que estoy pronto á dar todas las seguridades que gusten exigirme.

—Siendo así.....

—Otorgais?.....

—Sí tal; pero me temo.....

—Os inspiro desconfianza?.....

—Oh! no..... pero decia yo, que la prenda de seguridad que os exijan..... su nombre solo..... pudiera cambiar vuestra resolucion.

—Señor Don Alonso, si esa prenda fuese una cosa indigna del honor, desde ahora os digo que prefiero la lucha.....

—No, no..... por el contrario..... Es una accion que algun dia brillará sobre vuestro nombre; pero requiere un gran valor.....

—No importa.

—Tendrá por resultado la pérdida de algunos partidarios vuestros.....

—Adelante; ya hablamos de esto.

—Chirinos..... como debeis suponer, será el primero.

—Tanto mejor.

—Pero en cambio, la situacion será completamente nuestra, y vos, señor, disfrutareis á nuestro lado las ventajas de un gobierno perfectamente libre de enemigos poderosos, y tendreis tiempo y brillantes oportunidades para aumentar vuestro caudal..... Ahora existe, como lo sabeis, un hombre colocado por Cortés, en medio de nosotros. ¿Y quién no adivina el juego de este personaje? Bah! no hay

cosa mas antigua ni mas fácil. Conservar una estricta neutralidad en la cuestion que nos divide; abandonarnos á la odiosidad que reportan necesariamente los que turban la tranquilidad pública, sin disputarse mas que un cetro de tiranía; dejarnos consumir en el fuego de la discordia; dejar que alguno de nosotros quede aniquilado, y cuando una de las facciones, casi agotada por la lucha, llegue á quedar triunfante, venir él, y caer sobre ella con el huracán de sus vigorosos ginetes, y postrarla y hacerla pedazos en medio de las bendiciones y del júbilo de los pueblos. Así, Rodrigo de Paz será siempre un enemigo para nosotros.

Y sea que nos unámos como lo espero; sea que os decidais á permanecer con Pero Almindes, os hallareis siempre amenazado por su espada.

—Ah!..... es muy cierto..... pero pretendéis.....

—Una cosa, señor veedor: quitar á ese hombre de nuestro paso.....

—Dios! y de qué modo?.....

—Encerrándole.....

—Ah! me quitais un peso que me sofocaba; creí.....

—No, replicó sonriendo D. Alonso; la muerte de Paz seria mas funesta para nosotros; seria un error imperdonable.

—Y bien?.....

—Estais conforme?.....

—Sí.....

—Pues ahora comprendereis, señor, que la prenda de seguridad consiste simplemente en que firmeis la orden de prision.

—Yo!..... digo..... yo solo?.....

—No: tambien hareis que la firme Pero Almindes.....